

## CIENT AÑOS DE LA "AETERNI PATRIS"

### ACTUALIDAD Y VIGENCIA DE LA ENCICLICA

POR

BERNARDO MONSEGÚ, C. P.

Se cumplen ahora, concretamente el 4 de agosto, los cien años de la promulgación de la encíclica *Aeterni Patris* en 1879, con la que aquel gran Pontífice, León XIII, trató de rescatar el pensamiento cristiano de las mallas de una filosofía a ras de tierra, positivista, inmanentista, monista, cientista y racionalista a ultranza, incapaz de salir del propio yo y de la multiplicidad de los seres para trascenderse a sí misma, reconociendo el primado del ser sobre el conocer, y desde los seres abrirse al Ser por excelencia, a Aquel que es principio primero y fin último de todo lo creado.

La *Aeterni Patris* no vino a enfrentarse con el progreso de las ciencias, oponiendo los datos de la revelación a los de la razón, sino al contrario, haciéndose cargo del estado de los conocimientos científicos y filosóficos de su hora, a enseñarnos, tomando ejemplo del Aquinate (el *doctor communis* de la Iglesia), a asumirlos todos, repensarlos y hacer con ellos una gran síntesis, iluminada por los destellos de la fe y basada en una investigación profunda *sobre* el ser y *desde* el ser, que diría Sciacca. Síntesis filosófica y teológica a la vez, con física y antropología, pero también con metafísica y ontología.

Lo que Santo Tomás supo hacer, utilizando los conocimientos de su época, época no menos crucial para la cultura cristiana que lo era la del momento en que vio luz la *Aeterni Patris*, y lo es nuevamente hoy la nuestra, eso es lo que León XIII venía a pedir con su encíclica, cuyo subtítulo es sobradamente expresivo: "Sobre la restau-

ración de la filosofía cristiana, conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino”.

En contra de una aceptación mostrenca y de una repetición mecánica de lo dicho por el santo (cosa que desgraciadamente acaecía a la hora de la Encíclica *Aeterni Patris* en la mayor parte de los Seminarios y Universidades católicas, que habían convertido el to mismo en una flor de artificio o disecada), León XIII lo que reclama, con su grito de vuelta a Santo Tomás, no es la vuelta a una cultura muerta, sino viva y capaz de vitalizar la cultura presente con las aportaciones de un saber que, aunque supera, no contradice los otros saberes, sino que los asume y perfecciona, abriéndoles nuevos horizontes.

Incorporando los principios y el método de Santo Tomás, principios y método que, como dice la *Aeterni Patris*, se corresponden perfectamente con el bien de la fe y la dignidad de las mismas ciencias humanas, nosotros hemos de estudiar los problemas de nuestro mundo de hoy con el mismo talante con que el Angélico estudió los del suyo. Y las luminosas orientaciones de la encíclica, tan oportunas y tan eficaces en su hora (de esa eficacia hablan bien alto los numerosos centros de investigación y renovación surgidos al calor de la encíclica que trajeron un neotomismo pujante y nada hosco para con las otras filosofías), pueden servirnos de mucho.

Por eso sigue teniendo validez y actualidad la encíclica, como válida y actual sigue siendo la vuelta a la doctrina y al método del Doctor Angélico a fin de lograr superar la crisis que padecemos, en lo de la filosofía lo mismo que en lo de la fe.

Filosofía y fe son necesarias para superar esta crisis, como León XIII dice en su encíclica que lo eran para superar la de su tiempo. En efecto: “Si alguno fija la consideración en la acerbidad de nuestros tiempos, y abraza con el pensamiento la condición de las cosas que pública y privadamente se ejecutan, descubrirá, sin duda, que la causa prolifera de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el común sufragio de muchos” (n. 2).

Y es que, fallando la inteligencia, falla también la voluntad —añade—, y una sana filosofía es premisa indispensable para un recto ordenamiento de la vida.

Mas no se piense que con solas la filosofía y la razón tengamos ya asegurado el acierto y el éxito en la vida; necesitamos también la luz de la fe y la ayuda de la gracia. Bien entendido, sin embargo, que la filosofía, si se usa rectamente, en vez de dificultar “ayuda y facilita de algún modo el camino a la verdadera fe, preparando convenientemente los ánimos de los alumnos a recibir la revelación”, de donde se sigue que para una buena teología es de necesidad una buena filosofía; lo mismo que la fe reporta utilidad a la filosofía.

Lo de Dios ayuda a lo del hombre y nunca la suficiencia humana ha de ser tal que quiera sustraerse a la autoridad divina. Y el filósofo católico —son palabras casi textuales de la encíclica— debe tener presente que las cosas que se oponen a la fe se oponen también a la razón. Por tanto, va contra fe y razón, si acepta algo contrario a la revelación.

Si para la restauración de la filosofía cristiana apelamos, pues, a Santo Tomás, es porque este agregio y común doctor de la Iglesia acertó, como ningún otro, a conjugar en uno lo que halla la razón y lo que trae la revelación, para llegar al más alto conocimiento de la verdad.

Pensamiento que hizo suyo Pablo VI en la *Lumen Ecclesiae*, con motivo del séptimo centenario de la muerte del Angélico, al decirnos que si se nos pide ¡la “vuelta” a Santo Tomás, es porque, sin duda ninguna, él está de modo tan alto y serio como guía de los estudios filosóficos y teológicos, que no puede ser sustituido por ningún otro.

Si grande fue la audacia del santo en la búsqueda de la verdad, y si muestras dio de un gran espíritu de libertad para tratar los más arduos problemas, no menor fue siempre su probidad científica, la que debe ser patrimonio de todos cuantos quieren, por un lado, mantener intacta la pureza de la doctrina cristiana sin contaminarlas con falsas filosofías; y, por otro, no quieren rechazar, *a priori*, ninguna filosofía.

“Además —leemos en la *Aeterni Patris*—, distinguiendo muy

bien la razón de la fe, como es justo, y asociando ambas, sin embargo, amigablemente, conservó los derechos de una y otra, proveyó a su dignidad de tal suerte, que la razón, elevada a la mayor altura en alas de Tomás, ya casi no puede levantarse a regiones más sublimes, ni la fe puede casi esperar de la razón más y más poderosos auxilios que los que ha conseguido hasta aquí por Tomás" (núm. 10). Con razón, pues, pedimos la vuelta al Angélico, para asegurar sobre base firme y con método recto el gran edificio de la filosofía cristiana, que nunca está acabado.

Razón y revelación, filosofía y teología no han de excluirse sino auxiliarse y completarse mutuamente para conseguir la auténtica filosofía cristiana. Como también filosofía y fe han de tener en cuenta los datos de las ciencias para filosofar y teologizar (perdón por el barbarismo) sobre ellos. También en esto Santo Tomás puede servirnos de ejemplo. Ningún género de conocimiento fue para él desdeñable en orden a una mayor profundización en el conocimiento de la verdad, de toda verdad.

Lo que no hizo jamás el santo fue, en nombre de la ciencia, negar sus derechos a la filosofía; de la autosuficiencia humana negarse a la transcendencia y a la autoridad divina; de la *secularidad*, romper con la sagrada doctrina. Lo capital y como el quicio de toda su cristiana filosofía, en la que de modo tan maravilloso se conjuga lo de la fe y lo de la revelación, estableciéndose sus relaciones mutuas, hay que ponerlo —según leemos en la *Lumen Ecclesiae* de Pablo VI— en que Santo Tomás supo componer maravillosamente la *secularidad* o autonomía de lo profano con los arduos y severos postulados del Evangelio, sustrayéndose por un lado a la tendencia, poco natural, de despreciar el mundo y sus bienes y, por otro, librándose de caer en la tentación de apartarse de los supremos e indeclinables principios del orden sobrenatural (*Lumen Ecclesiae*, núm. 8).

A la luz, pues, de la *Aeterni Patris*, Santo Tomás no interesa tanto como un hombre de ayer, dentro del contexto socio-cultural de su época; un Tomás, por tanto, "fechado" en su tiempo, por valerme de una expresión de M. F. Sciacca, sino, sobre todo, como un doctor, que sigue siendo el *doctor communis* de la Iglesia "y

con el que es necesario contar en nuestro tiempo y en todo tiempo”.

Para entender por qué y en qué sentido la vuelta a Santo Tomás, postulada por la *Aeterni Patris*, en 1879, sigue teniendo actualidad y vigencia en 1979, aconsejo la lectura del preliminar puesto por M. F. Sciacca a su libro *Perspectiva de la metafísica de Santo Tomás*, que aplica a nuestro tiempo lo que, pensando en el suyo, dijera en su encíclica León XIII. Valen maravillosamente sus palabras como homenaje al Doctor Angélico y como homenaje también a la encíclica cuyo centenario transcurre.

Porque (y me permitio cerrar este recordatorio de la *Aeterni Patris* recogiendo y haciendo mío lo allí dicho por el llorado amigo), hay que rendir tributo a la mente más excelsa, expresiva de la cultura católica, en un momento como el nuestro, cuando una fácil “contestación”, que dicen desacralizadora y desmitificadora, no la respeta o se sirve de ella para fines antitéticos a los que son propios del pensamiento teológico y filosófico de Santo Tomás.

Nuestros novísimos filósofos cristianos hacen poco sitio, hoy, al más grande de los filósofos cristianos, porque ceden con exceso al pensamiento “crítico” hasta la médula, e hidrófobo, para toda clase de “dogmatismo”, cayendo en la secularización y al vaciamiento metafísico de la filosofía.

A la desvalorización tomista, “muy propia de los ejércitos tradicionales del laicismo, se han unido, en los últimos decenios, los batallones del laicismo más o menos marxista..., y los guerrilleros de un deteriorado progresismo llamado «católico», los cuales todos, no pudiendo sufrir una autoridad que los obliga a pensar, se dejan llevar, por los más fútiles pretextos, de los vientos de un *aggiornamento* que les hace juguetes del cambio de los tiempos y del «diálogo abierto»; y ya sólo miran a disminuir su prestigio, a fin de verse libres de un monumento que les apabulla y, sobre todo, resulta molesto, relegándolo al desván o cuarto trastero”.

“No seré yo quien defienda ciertas fatigosas repeticiones de un tomismo de tercera o de cuarta mano, ni ciertas presentaciones del pensamiento de Santo Tomás, ni la pretensión de imponérselo «por decreto» y menos el uso que a menudo de él se ha hecho: eso que, justamente, ha sido denominado «paleotomismo» o «tomismo de

rigurosa observancia», profesado por los que se atan a la letra de las doctrinas del *dux studiorum*; eso, repito, está ya muerto. Dejemos, pues, que los muertos entierren a sus muertos.

Pero sí seré yo quien sostenga, en mi pequeñez, que el Aquinate goza de una *presencia* altísima, aunque no exclusiva, dentro de la filosofía del ser, la sola verdadera filosofía; presencia siempre actual en el sistema de la verdad, siempre capaz de enriquecimiento y de profundización con nuevas verdades, según el mismo Santo Tomás nos da de ello la prueba, pues nunca pretendió, precisamente porque era un filósofo y un teólogo cumbre, ser infalible, y menos aún haber entregado a la humanidad la revelación filosófica definitiva, convencido como estaba (él que juzgaba ser «paja» cuanto había escrito) de las debilidades y de las imperfecciones, de las lagunas de su pensamiento”.

Proponiendo la vuelta a Santo Tomás, una *vuelta a las fuentes*, no se trata de dar marcha atrás, “sino de hacer que el pasado vuelva a nosotros, penetre en nuestra situación histórica de manera que se haga «presente» en nosotros, «actual» y «contemporáneo»; y así esté proyectado siempre hacia el futuro... Un presente con vistas al futuro, pero sin pasado, no tiene donde apoyar el pie. De aquí la fuerza innovadora y renovadora de la tradición, de la que Santo Tomás es una de las piezas fundamentales, la que hace posible este nuevo presente, que, en cuanto tal, es un elemento vivo y operante. Nada más infecundo que el querer comenzar todo de nuevo, *ex novo*. En la cultura, sólo la tradición es por sí misma un progreso, sólo ella tiene futuro”.

Con estas palabras, tan claras y penetrantes, del sutilísimo Sciacca (conocedor como pocos de todos los vericuetos o los caminos reales de la filosofía moderna, crítico y metafísico en una pieza, filósofo verdaderamente integrador, él, el filósofo de la integridad) cerramos esta breve nota de atención sobre la fecha centenaria de la aparición de *Aeterni Patris*, en la seguridad de que en ella se recoge lo más intencionado y medular de una encíclica que vuelve a ser de actualidad.

Para conmemorar dignamente tanto la promulgación de la encíclica como de la Academia de Santo Tomás de Aquino, obra tam-

bién de León XIII, esa misma Academia Romana de Santo Tomás resolvía, con fecha 1 de febrero del presente año de 1979, por medio de un comunicado de su Cardenal Presidente, monseñor Piolanti, que los estudios todos del VIII Congreso Tomístico Internacional (que tendrá lugar en Roma, del 8 al 13 de septiembre de 1980) converjan en torno a la encíclica *Aeterni Patris*, poniendo de relieve la trascendencia y actualidad de la misma. Buena ocasión, pues, para reconocer cuánto la filosofía cristiana debe al protagonista de la Encíclica. El Congreso está puesto bajo la protección del mismo Papa, Juan Pablo II, formado en la escuela tomista.